

El padre filósofo y el hijo escritor. Entrevista con Juan Villoro sobre *La figura del mundo* (2023)

Kristine Vanden Berghe¹

Resumen. Entrevista a Juan Villoro en torno a *La figura del mundo*, libro en el que el escritor mexicano compone, o recompone, la figura de su padre, el filósofo Luis Villoro.

Palabras clave: Juan Villoro, Luis Villoro, memoria de familia.

[en] The philosopher father and the writer son. Interview with Juan Villoro about *La figura del mundo* (2023)

Abstract. Interview with Juan Villoro about *La figura del mundo*, a book in which the Mexican writer composes, or recomposes, the figure of his father, the philosopher Luis Villoro.

Keywords: Juan Villoro, Luis Villoro, family memories.

Cómo citar: Vanden Berghe, K. (2023) El padre filósofo y el hijo escritor. Entrevista con Juan Villoro sobre *La figura del mundo* (2023), en *Anales de Literatura Hispanoamericana* 52, 96-98.

Entrevista

–Kristine Vanden Berghe. –Quienes se han dedicado a reflexionar sobre el género del relato de filiación han dicho que en él se desplaza el concepto de ‘interioridad’, fundamental en la autobiografía, a favor del de ‘anterioridad’, porque el autor indaga en la vida de sus progenitores. Después de escribir tu texto, ¿tienes la impresión de que ambos conceptos son excluyentes o que, al contrario, confluyen en la práctica de la escritura? ¿Hasta qué punto tu relato es autobiográfico o, más bien, biográfico?

–Juan Villoro. –Es una pregunta muy sugerente. *La figura del mundo* tiene elementos autobiográficos en la medida en que me situó como testigo de mi padre y de ciertas circunstancias que él vivió. Se trata, pues, de una memoria reactiva, subordinada a los avatares de un protagonista. No me pongo en el centro del relato y sólo intervengo para que avance la historia de mi padre. Podemos pensar que este punto de vista ofrece una metáfora de la filiación, que siempre es asimétrica, donde la importancia -la autoridad narrativa- del padre es superior a la del hijo.

–K.V.B. –En relación con este aspecto autobiográfico, dices: “La historia que decidía contar enfatizaba momentos críticos que yo debía dosificar porque también mi libro dependía de un desfase para construir mi propio personaje” (249). ¿Puedes explicarnos un poco más qué quieres decir con esto?

–J.V. –Ese pasaje no tiene que ver con el sesgo autobiográfico, sino, por el contrario, con los testimonios de otras personas. Pertenece al Epílogo, en el que mi madre habla de mi padre. Ante la opción de aparecer en un libro, ella me dijo cosas que jamás me había dicho, como si quisiera saldar, al fin, las cuentas pendientes con mi padre. El libro fue un insólito punto de reunión para nosotros. Y ella tiene la última palabra, el “juicio final”. Aportó cosas de enorme valía para mí, pero yo debía dosificarlas, pues, a fin de cuentas, el libro era mío y debía construir el personaje de mi padre según mi propio punto de vista.

¹ Université de Liège, Lieja, Bélgica.
Correo: kristine.vandenbergh@uliege.be

– K.V.B. –El relato de filiación en principio ofrece un pacto de lectura referencial al lector. Sin embargo, la distancia no siempre permite recordar bien, además, el lenguaje siempre es lo que llamas “una reelaboración memoriosa” (67) de los hechos. En cierto momento te preguntas “¿Cómo recuperar lo sucedido para quien ha visto los hechos de niño, con visión de infantería?” (67). En un intento de rellenar las lagunas, dicen los especialistas que han estudiado este tipo de relatos, sus autores no pocas veces se ponen a especular, a formular hipótesis sobre los acontecimientos pasados. ¿Hasta qué punto lo que has escrito es estrictamente referencial, el fruto de cierta imaginación o una figuración basada en hipótesis?

–J.V. –La memoria pertenece a la imaginación en la medida que uno se sitúa mentalmente en otro tiempo para recuperar recuerdos. Es obvio que el presente y lo que se ha vivido desde entonces afectan la manera en que se recupera el pasado. En algunos pasajes opero con dos enfoques: vuelvo al niño que fui pero mezclo su perspectiva con el adulto que soy. El caso del movimiento estudiantil de 1968 es emblemático. Jorge Volpi escribió un libro sobre ese tema, *La imaginación y el poder*, sin involucrar su memoria personal porque nació ese mismo año y carecía de recuerdos. En cambio, yo tenía 12 años y lo sucedido se me grabó con fuerza. Era demasiado joven para participar pero no para ser testigo. Esas memorias son muy intensas, porque están marcadas por el miedo de que a mi padre le pasara algo, pero también confusas, porque carecía de suficiente información para interpretar lo sucedido. El gobierno controlaba toda la prensa y los medios electrónicos, de modo que toda la información condenaba a los estudiantes como agentes del comunismo que deseaban sabotear las Olimpiadas que se inaugurarían unos días después. En mi escuela, los maestros y los alumnos hablaban pestes del movimiento al que pertenecía mi padre. Él no me daba su versión porque guardaba silencio para protegerme. Esto me llevó a sospechar que quizá sí era un agente comunista que actuaba en secreto (además, tenía prohibida la entrada a Estados Unidos, lo cual reforzaba esa hipótesis). Esa mezcla de confusión, afecto y desconfianza marcó mis 12 años. Me pareció fascinante recuperar esa vivencia en el tono del niño que fui, pero también contrastarla con la mirada distanciada del adulto que escribe el libro.

– K.V.B. –Podemos pensar que el hecho de escribir sobre un pariente exige una precaución especial. Por una parte, los hijos a menudo tenemos imágenes muy distintas de nuestros padres. Al escribir el texto, ¿te sentías frenado o te autocensurabas por lo que pudieran pensar tus hermanos, por lo que se pudiera opinar en tu familia? Por otra parte, tu padre, como tú mismo dices, “recelaba de las historias personales, que asociaba con el lamento o el narcisismo” (80). Además, no quería que se le homenajeara. Sin embargo, en cierto sentido, el texto es un emocionante monumento erigido en su honor. ¿Hasta dónde estas convicciones de tu padre han orientado tu escritura? Y para retomar una pregunta que planteas: “¿Hasta dónde puede un hijo entrar en lo que no le confió su padre?” (117).

–J.V. –El hecho de que mi padre no quisiera ser elogiado me parece un argumento para elogiarlo. Así de paradójica es la reputación. Cada hermano tiene un padre distinto, pues la imagen de la paternidad es una construcción cultural. Mi padre odiaba las anécdotas personales y decía muy poco de sí mismo. *La figura del mundo* trata de ofrecer ciertas claves emocionales de su conducta pública, pero como esas claves eran secretas, yo debía interpretarlas a través de las acciones de las que fui testigo. Se trata, pues, de *suponer* al padre. Comprender al otro exige imaginarlo.

No me preocupó lo que pensarán mis hermanos, pero sí quise dejar fuera cosas que no pertenecían a mi enfoque. Nadie quiere conocer en detalle la vida sexual de sus padres, de modo que prescindí de historias demasiado íntimas. Pero lo más difícil fue eliminar mis propios reclamos. Todos lamentamos cosas que nos hirieron, pero que no son esenciales en el retrato de una persona. Tardé 66 años en encontrar la forma de renunciar a ciertas quejas que en el fondo no valían la pena.

Hay estupendos retratos de padres que son denuncias de su crueldad, sus crímenes, sus abusos, su ausencia. Yo no escribía de ese tipo de padre; deseaba comprenderlo de cuerpo entero, con las luces y las sombras de una persona contradictoria y admirable. Por lo tanto, mencioné heridas, pero quise escribir con la perspectiva de las heridas cicatrizadas. Dependiendo del lector, con los datos que ofrezco, mi padre puede ser criticado por algunas cosas y elogiado por otras.

– K.V.B. –En tu prólogo titulado “La dificultad de ser hijo” te refieres a conversaciones que has tenido acerca de relaciones paternofiliales complicadas. Luego, desde el primer capítulo, “El cartaginés” aludes a textos literarios, a escritores y filósofos -*Tirant lo Blanc*, “Funes el memorioso”, Freud, Brecht, Kierkegaard- para iniciar tu reflexión acerca del vínculo que te unía a tu padre y para buscar una forma adecuada para hacer un retrato fidedigno de él. En todo el relato, a tu “tribu biológica” la acompaña así una “tribu de elección”, literaria e intelectual. Entre quienes la integran, ¿hay otros autores que han publicado relatos de filiación? ¿Qué relatos sobre padres y madres reales has leído, cuáles te gustan o no? ¿Hay alguno que te ha impactado especialmente?

–J.V. –La bibliografía de historias paternas es infinita. La novela más significativa de la literatura mexicana, *Pedro Páramo*, trata de la búsqueda de un padre. *Los hermanos Karamázov*, de Doistoievski, es un gran ejemplo de las distintas actitudes que los hermanos pueden tener respecto a un padre. Más cerca de nosotros, *Patrimonio* de Philip Roth, *La invención de la soledad* de Paul Auster, *Un comunista en calzoncillos* de Claudia

Piñero y *El olvido que seremos* de Héctor Abad Faciolince abordan de muy distintas maneras este tema inagotable.

– K.V.B. –En *La figura del mundo* hay un vaivén constante entre la figura del padre y la de la patria, un ir y venir entre la vida privada y la historia pública, especialmente la de México y del EZLN. ¿Podríamos decir que esta confluencia entre lo íntimo y lo externo es el punto de observación principal de tu relato? ¿Esta confluencia es la que define globalmente el retrato de tu padre y de la relación paternofilial? ¿Hasta qué punto el cuerpo de tu padre también encarna el cuerpo social?

–J.V. –Quise registrar un destino en dos niveles, el público y el privado. Mi padre fue un filósofo bastante conocido, profesor de varias generaciones de alumnos y activista social vinculado a la izquierda, que fundó partidos políticos, participó en la reforma de la ley electoral y fue asesor de los zapatistas en Chiapas. En esa medida, mi libro ofrece un panorama de preocupaciones políticas y sociales que trascienden a mi padre y retrata la vida mexicana en la segunda mitad del siglo XX. También se ocupa de asuntos que no sólo lo afectan a él, como el exilio o la identidad nacional. Esa parte del libro era más fácil de hacer porque la vida pública de mi padre está muy documentada. Lo difícil era encontrar las causas privadas, íntimas, de esa conducta. Supuestamente, un hijo tiene un acceso privilegiado a esa zona, pero, como he dicho, mi padre era muy reservado y ese trabajo pertenecía a un detective emocional, es decir, a un escritor. No es casual que Roberto Bolaño bautizara a los poetas como “detectives salvajes”.

– K.V.B. –Al final de tu texto especulas sobre si podrías escribir sobre tu madre. Dices que sería complicado porque ella se narra tan bien a sí misma, que “vive en estado de literatura” (245). Ahora bien, parece haber bastante más relatos de filiación sobre padres que sobre madres. ¿Cómo podría explicarse este fenómeno más general?

–J.V. –Hay muchas explicaciones para el predominio de la literatura sobre padres. La más obvia es la organización heteropatriarcal de las sociedades y el papel dominante que los hombres han impuesto como forjadores del destino familiar. Cuando en México se dice que alguien es “cabeza de familia” eso rara vez se refiere a una mujer, a pesar de que muchos padres abandonan a sus hijos y que son las mujeres las que sostienen el tejido social de un país roto. Mis novelas *Arrecife* y *La tierra de la gran promesa* reflejan esta circunstancia. Los protagonistas de estas tramas son hijos de padres fallidos (uno desapareció de la familia y otro llevó una doble vida); los dos protagonistas pasan por situaciones críticas generadas por la violencia y se salvan gracias a la labor solidaria, resistente, de diversas mujeres que actúan en forma sigilosa, desinteresada, sin aspirar a ser “reconocidas”. En México las mujeres sustituyen al ministerio público y ejercen la justicia compensatoria que impide que el país se desgaje. En 1950, en *El laberinto de la soledad*, Octavio Paz definió a la mujer mexicana como un “inmóvil sol secreto”. La imagen tradicional era la de una mujer apartada en la cocina. Estaba un tanto oculta, pero era un sol en torno al cual todo giraba y que irradiaba el calor necesario para vivir. Desde entonces, la mujer ha cobrado un protagonismo mucho mayor, aunque aún insuficiente, en la vida de mi país. En lo que a mí toca, mi padre me parecía narrable por ser una persona bastante desconocida para mí. No escribo porque conozco algo, escribo para conocerlo. Mi madre ha sido mucho más cercana e importante, al grado de que procuro escribir con su mirada. Ella no necesita ser investigada y es mucho más relevante que cualquier libro mío.